

Juan Loveluck

Una nota para la "Egloga I" de Garcilaso



O creemos necesario insistir aquí acerca del valor estilístico bien determinado que tiene el fenómeno conocido por la retórica tradicional con el nombre de *reiteración*, cuya fórmula más sencilla es la repetición de palabras, adjetivos u otras partículas y en diversos lugares del verso o del período (*anáfora* o *epanáfora*, *epanadiplosis* o *epanalepsis*, y otros nombres más complicados), ni tampoco nos guía el propósito de analizarlo aquí, pues ya lo han hecho extensamente quienes tienen autoridad y conocimiento para ello. Ultimamente, se ha referido a la *reiteración* Carlos Bousoño en su *Teoría de la expresión poética* (1) y la ha estudiado brevemente en sus aspectos de *repetición de palabra*, de *rima* y *ritmo*, de *un estribillo*, y *reiteración del significado*. En nuestra opinión, cabría extenderse más acerca de estos empleadísimos (ayer y hoy) recursos estilísticos, y aprovechamos la mención del *estribillo* (cuyo estudio Bousoño sólo roza, sin detenerse en sus innumerables posibilidades) para referirnos brevemente al que aparece en la de todos conocida *Egloga I* de Garcilaso.

Pero antes, unas líneas acerca de la diferencia entre reitera-

(1) Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, 1952, págs. 113-114; 209-216.

ción de palabras y el empleo de estribillo o *ritornelo*. Mientras la repetición de un término sirve para dar mayor intensidad a su significado o a la *noción* por él representada (1), como en este caso, en que el adjetivo *lejos* se superlativiza a fuerza de repetirse

la mujer estaba *lejos, lejos, lejos,*

y cuya última mención tiene una *valencia* —permítasenos el término— que supera por mucho al más enfático *lejísimo*, el estribillo alcanza una función más amplia que difiere de la simple palabra reiterada cuanto dista el significado o noción que se intensifica, de la transmisión de un estado emocional completo, de un sentimiento creciente del poeta, una atmósfera sensorial determinada, cual es el caso de la *Egloga I*, a que nos referiremos.

* * *

En la *Egloga I*, Garcilaso —poeta plenamente consciente de los recursos que emplea, poeta de gran dominio técnico propio y aprendido de clásicos latinos e italianos renacentistas— quiere introducirnos en una atmósfera poética dolorida, en la órbita de un gran dolor suyo: la muerte de Elisa (tras el simplísimo anagrama esconde el nombre de Isabel Freire, su amada muerta) o Galatea. Mas al poeta no sólo le interesa poner ante nuestros ojos —cuatrocientos años después de su drama— una *historia* de su situación sentimental; él mismo, mientras va creando su extenso poema (421 vv.), necesita insistir ante su propio ánimo en su “dolorido sentir”, necesita exacerbar su angustia y su insatisfacción amorosa, como quien intensifica sus lágrimas para no llorar más.

Toda la *Egloga*, a pesar de las muchas reminiscencias —sobre todo virgilianas— que revela, no es sino una bella y dolorida elegía a un amor imposible. El poeta siente de nuevo (muerta ya su

(1) Véase Bousoño, ob. cit., págs. 113-114.

amada) todo el vórtice pasional insatisfecho y, como los estremecimientos convulsos del sollozar, como la voz que cuenta el desconuelo de la soledad en que queda, sin esos "claros ojos", sin esa "dulce habla", se hunde en él y en nosotros el rítmico, angustiado estribillo, *once* veces repetido:

salid sin duelo, lágrimas, corriendo . . .

Pero —hora es ya de decirlo— este empleo del estribillo, este tema de angustia repetido once veces, ¿se le ocurre al poeta, lo inventa él, descubre él sus posibilidades estilísticas reveladoras de un instante emocional intenso? ¿O le llega por vías tradicionales ajenas o españolas, y él no hace sino aprovecharlo del mejor modo?

El estribillo o ritornelo —desprovisto de la *intencionalidad estilística* que tiene en la primera *Egloga*— como sistema reiterativo lo encuentra Garcilaso de la Vega en la tradición poética latina y en la poesía castellana de su tiempo o inmediatamente anterior. En la poesía latina, en Virgilio —largamente frecuentado por Garcilaso— y exactamente en la *Pharmaceutria* o *Egloga VIII*. Y, por otra parte, el estribillo casi como él lo emplea, se encuentra en un poeta español: Garci Sánchez de Badajoz (1460?-1526?). ¿Qué hay, entonces, propio de Garcilaso? No hay plagio, no imitación, no falta de originalidad. Contrariamente, un destello violento de esta última, un descubrimiento de cómo aprovechar originalísimamente un elemento que, reiterado, será en el poema como *el rítmico estremecimiento del sollozo*. Lo que Garcilaso arranca, por una parte de la poesía latina —eco virgiliano— y, por otra, de la raíz hispánica, es creado (no re-creado) en su *Egloga* como recurso, no tiene antecedentes y es de su entera propiedad como elemento de transmisión e insistencia emocional y sensórea.

Veamos cómo y dónde encuentra el poeta este recurso para aprovecharlo —después de conferirle la impronta suya— en su poesía. Frecuentador de Virgilio, planteó casi toda su *Egloga*, como la VIII del mantuano incluyendo el *aspecto formal* del empleo del

estribillo en el poema latino. Virgilio repite en su *Egloga VIII*, dos estribillos:

a) *Incipe Maenaios mecum, mea tibia, versus...*

(*Entona conmigo, zampona mia, versos dignos del Ménalo...*),

repetido ocho veces, con una variante:

Desine Maenaios, jam desine, tibia, versus...

(*Deja, deja ya de entonar, zampona mia, versos dignos del Ménalo...*).

Y b) *Ducite ab urbe domum, mea carmina, ducite Daphnis...*

(*Traed de la ciudad a casa, conjuros míos, traed a Dafnis...*).

estribillo que aparece nueve veces, también con una variante final:

Parcite, ab urbe venit, jam parcite, carmina, Daphnis...

(*Basta, que ya vuelve Dafnis de la ciudad; basta ya, conjuros míos...*).

Dice Rafael Lapesa, a propósito de la huella virgiliana en la primera *Egloga* del poeta toledano: "El canto de Salicio está planteado como los de la *Pharmaceutria*, Damón y Alfesibeo, con repetición de un estribillo (...). Al final [de las estrofas], las lágrimas, invitadas a salir sin duelo, dan paso a notas más suaves" (1). En lo que no repara el ágil estudioso de Garcilaso es en que el dolor del poeta (representado por el estribillo) es el aguijón que se va un instante y vuelve, como el fluir de lágrimas, como el ritmo de los sollozos, que es lo que el poeta ha deseado expresar con un recurso que, extraído de la poética tradicional, cobra estatura individual, independiente, y logra un propósito bien definido dentro del poema, pues queda el lector —después de una introducción de 56 versos— sumido en un paisaje lleno de tristeza —a pesar de la indiferencia de la naturaleza—, en el que es presa de los golpes emocionales que va dando el estribillo.

(1) Rafael Lapesa, "La trayectoria poética de Garcilaso", "Revista de Occidente", Madrid, 1948, pág. 128.

Y todavía hay más originalidad de parte de Garcilaso: él se ha dado cuenta de la monotonía que puede acarrear un ritornelo repetido, con sólo dos variantes, a lo largo de todo un poema, como sucede con la *Egloga* virgiliana: hay en ella *diecisiete* estribillos (sin contar dos variantes) en 109 versos. En cambio, en la *Egloga* garcilasiana, el ritornelo se aprovecha en sólo un fragmento, y se da *once veces* en un total de 421 versos, con lo que se aparta el poeta de siquiera un asomo de monotonía.

Por otra parte, el estribillo, como lo señaló el comentarista clásico de Garcilaso, Fernando de Herrera, procede casi totalmente de la *raíz hispánica*. Es decir, el poeta toledano encuentra en un poeta español un verso que pudo inspirar el estribillo suyo. Acudiremos de nuevo al profundo estudioso de Garcilaso que ya hemos citado: "La *Egloga 1* ofrece recuerdos bien significativos: Herrera [*Obras de Garcilaso*, 1580, pág. 416], dejó asentado que el ritornelo "salid sin duelo, lágrimas, corriendo", proviene de las *Lamentaciones de amores*, de Garci Sánchez de Badajoz:

*Lágrimas de mi consuelo
qu'aveis hecho maravillas
y hazeis:
salid, salid sin recelo
y regad estas mexillas
que soleis" (1).*

A pesar de todo, la reminiscencia anotada no revela, de ningún modo, una copia servil. El momento en que más se acerca a estos versos Garcilaso es cuando repite dos veces *salid*:

*Salid fuera sin duelo,
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*

(Vv. 153-154).

(1) Rafael Lapesa, "La trayectoria poética de Garcilaso", pág. 50.

En resolución la analogía que pueda hallarse, relativa según distinto parecer, no resta originalidad al poeta toledano, pues lo concluyente es que él no encuentra, ni en Virgilio ni en Garcí Sánchez, la *función* que confiere al estribillo *salid sin duelo...* en su *Egloga*.

Hecha esta larga digresión, leamos un fragmento de Garcilaso, para que se aprecie cómo se ha fundido el dolor del poeta, su convulso estremecimiento al recordar a esa mujer que tenía bien presente en sus sentidos. Sustituya el lector, *in mente*, ese estribillo, fundamental en los comienzos de la *Egloga*, y se encontrará con que el nublado de lágrimas, la sensación de desconsuelo y de soledad que aporta, desaparece o se aminora en desmedro de la suave insistencia del llanto, de ese llanto de Garcilaso, fresco y reciente por el milagro de la poesía, aproximable pero nunca desentrañable por completo:

*¿Y tú, desta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera,
dejas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fe, que ser guardada
eternamente sólo a mí debiera?
¡Oh Dios! ¿por qué siquiera
(pues ves desde tu altura
esta falsa perjura
causar la muerte de un estrecho amigo)
no recibe del cielo algún castigo?
Sin en pago del amor yo estoy muriendo,
¿qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.*

O en el momento de mayor desesperanza, cuando lo asola el más enconado dolor con la visión de la mujer entregada —en la carne y el espíritu— a don Antonio de Fonseca, dueño de la voz, de

los ojos, de los "hermosos brazos", de lo que él nunca tuvo ni logrará tener:

*Tu dulce habla, ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos, ¿a quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe, ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que, como en cadena,
de tus hermosos brazos anudaste?
No hay corazón que baste,
aunque fuese de piedra,
viendo mi amada yedra,
de mí arrancada, en otro muro axida,
y mi parr.a en otro olmo entretejida,
que no se esté con llanto deshaciendo
hasta acabar la vida.*
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

(Egloga I, vv. 85-98, 127-140).